

ELIZABETH ANTHONY

TOD LO  
QUE QUIERO  
ERES TÚ

esora

Título original: *All I Want is You*  
First published in Great Britain in 2013  
by Hodder & Stoughton  
An Hachette UK company

Primera edición: 2014

© Elizabeth Anthony, 2013  
© traducción: CTL, 2014  
© de esta edición: Espora, 2014  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
ISBN: 978-84-15497-61-5  
Depósito legal: SE. 1393-2014  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## *Índice*

Prólogo .....	9
Capítulo uno .....	13
Capítulo dos .....	33
Capítulo tres .....	53
Capítulo cuatro .....	75
Capítulo cinco .....	91
Capítulo seis .....	109
Capítulo siete .....	129
Capítulo ocho .....	147
Capítulo nueve .....	169
Capítulo diez .....	197
Capítulo once .....	219
Capítulo doce .....	239
Capítulo trece .....	261
Capítulo catorce .....	277
Capítulo quince .....	293
Capítulo dieciséis .....	317

Capítulo diecisiete . . . . .	339
Capítulo dieciocho . . . . .	369
Capítulo diecinueve . . . . .	393
Capítulo veinte . . . . .	415
Capítulo veintiuno . . . . .	437

## *Prólogo*

—**B**ELFIELD HALL, UN PARAJE ENCANTADOR. ES UNA de las mansiones más importantes de Inglaterra, propiedad de los duques de Belfield desde hace siglos... —se comenta en las fiestas más elegantes y en los mejores restaurantes londinenses.

Pero enseguida dejo de oírlos y la mente se me va de nuevo allí. Veo el exuberante follaje de las hayas una mañana de primavera en el apacible valle de Oxfordshire, el río que serpentea por los pastos salpicados de ovejas, el sendero que cruza los bosques hasta llegar a la mansión y sus ventanas resplandecientes a la luz del sol.

De niña se me antojaba un lugar impenetrable. Mi familia no era rica, todo lo contrario, y yo solía pensar que los que vivían en la mansión tenían que ser completamente distintos: mucho más fuertes, más sabios y más guapos que todos nosotros. Yo me los imaginaba así, de modo que me llevé una gran decepción cuando con trece

años entré a trabajar allí como criada. Con el tiempo me fui acostumbrando a levantarme antes del amanecer para fregar suelos, encender chimeneas y lavar cacerolas hasta pasadas las diez de la noche, mientras mi mediocre existencia permanecía oculta a los que vivían en la fastuosidad del piso de arriba. Aprendí mucho y rápido. Pero nada, absolutamente nada, podía prepararme para lo que pasó después.

Aprendí que cuando llega el amor —el amor físico, el deseo carnal—, todas las reglas que hasta entonces rigen la existencia sucumben ante él. Haces cosas, dejas que pasen cosas. Hay un momento —puede ser un año, un mes, o tal vez solo una noche— que se hace inolvidable. Que se graba en la memoria para siempre.

Cuando lo conocí fue como despertar a la vida. Un momento tras el cual nada volvería a ser igual. El hombre al que amaba y que hasta entonces había considerado inalcanzable, estaba malherido en el cuerpo y en el alma, y yo anhelaba que mi amor lo sanara; estaba segura de que mi amor lo curaría, y por eso me entregué a él por completo.

—Eres mía —me decía mientras se tumbaba a mi lado en la oscuridad, radiante y excitado, frotándose con fuerza contra mi lencería fina, contra mi piel.

A veces, cuando estaba de buen humor, bailábamos juntos, porque a él le encantaba la música, como a mí.

—Ya te lo he dicho: eres mía —me susurraba, estrechándome cariñosamente entre sus brazos—. No me dejes nunca.

Y yo le decía:

—Jamás. Jamás, amor mío.

Aunque sus ojos estuvieran empañados de secretos, casi siempre tan insondables que yo tenía que apartar la mirada temblando, estaba dispuesta a darlo todo, absolutamente todo, por él.

*All I Want Is You*<sup>1</sup>, como la canción. Cuando no estaba a mi lado, gritaba su nombre en la soledad de la noche, oía su voz, veía su rostro. Lo esperé durante tanto tiempo. Tanto, tanto tiempo.

---

<sup>1</sup> Todo lo que quiero eres tú.





## Capítulo uno

**M**E LLAMO SOPHIA, AUNQUE TODOS ME LLAMAN SOPHIE. Mi padre Philip me llamaba «mi gorrioncillo», porque decía que siempre estaba charloteando y cantando. Trabajaba en la herrería y, a veces, cuando había alguna fiesta en Belfield Hall, los mozos le llevaban sus elegantes caballos para que les pusiera las herraduras. Will y yo solíamos ir a verlos, a admirar su belleza.

Mi madre trabajaba cuatro días por semana en la lavandería de la mansión y recuerdo cuánto me molestaba ver cómo se le irritaban las manos. Pero ella sonreía y movía la cabeza diciendo que había sirvientas que trabajaban los siete días de la semana, desde las seis de la mañana hasta las diez y media de la noche.

—Imagínate, Sophie, imagínate —me decía mientras, sentada sobre sus rodillas, me cepillaba mis largos cabellos rubios.

Yo nací en 1903 y con cinco años entré en la escuela del pueblo. Todos los días, al ir y al volver, me paraba para mirar por la cancela, aunque la espesura de los bosques que rodeaban la mansión no permitía ver la casa. Pero otras veces, en verano, subía corriendo hasta lo alto del cercano Win Hill y admiraba los ventanales y torretas que resplandecían bajo la luz del sol, y era como el palacio de un cuento de hadas.

Will Baxter era mi mejor amigo. Tenía dos años más que yo, pero como los Baxter eran nuestros vecinos más cercanos y yo era hija única, él era como un hermano para mí. Solíamos echar carreras de camino al cole y él hacía como que estaba cojo para no ganarme. Will era muy simpático y me hacía reír, en clase yo lo ayudaba con la escritura porque a mí se me daba mejor que a él, aunque a veces eso le molestaba.

Mi padre no le veía ninguna utilidad a los estudios, al menos para los que viven como nosotros, o eso decía. Pero mi madre tenía unos cuantos libros que guardaba como oro en paño, y de pequeña siempre me leía alguna aventura sacada del libro del rey Arturo. Yo disfrutaba con su tono de voz sereno y claro mientras miraba las imágenes del libro, y pensaba que los habitantes de Belfield Hall debían de ser así, las damas tan bellas como las princesas y los caballeros tan valientes como los nobles caballeros de la corte del rey Arturo.

Cuando tenía ocho años, el duque de Belfield dio una fiesta en los jardines de la mansión para celebrar la coronación del nuevo rey, que había tenido lugar en Londres un caluroso día de junio. Todos los siervos y sus familias recibieron la invitación. Todavía me acuerdo de las mesas de patas de caballete repletas de comida en la explanada de césped que precede a la entrada principal, y de que invitaron a todos los hombres a cerveza. La banda tocó música de baile y luego el duque, un hombre barbudo, dio un discurso del que no recuerdo ni una sola palabra porque mientras él hablaba, yo seguía con la mirada el baile de las mariposas sobre la hierba, y me uní a ellas, convencida de que no me vería nadie entre los setos de lavanda. Pero uno de los hijos del jardinero me pilló, y salí corriendo entre la espesura hasta que me perdí.

Estaba muy asustada, todavía me acuerdo, y el perfume que la hierba me había dejado en la camisa al bailar de pronto se convirtió en un olor demasiado fuerte con el calor. Entonces oí la voz de un hombre, que llamaba a alguien en voz baja cerca de allí:

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás, pequeña bribona?

Yo me escondí detrás del tronco de un árbol, creyendo que me estaba buscando a mí; y entonces me di cuenta de que era el hijo del duque, lord Charlwood. La gente decía que era muy apuesto, pero a mí no me gustaba

su bigote negro ni su pelo moreno tan brillante. Entonces se rio y dijo:

—Ah, aquí estás, Florence. Pero qué tunante, mira que salir corriendo precisamente cuando estaba empezando a conocerte mejor.

Y en ese momento me di cuenta de que estaba hablando con mi madre.

Llevaba su mejor blusa blanca, y sus largos cabellos, tan rubios como los míos, se le salían de las horquillas. Pensé que era la mujer más hermosa del mundo, pero me sentí desconcertada. Aunque estaba corriendo en la dirección opuesta a donde se encontraba lord Charlwood, era como si quisiera que él la alcanzara, e incluso dio un pequeño traspie para que la cogiera entre sus brazos.

Mientras la estaba besando en la boca, el hijo del duque le metió la mano entre los botones de la blusa, y cuando ella lo apartó sin dejar de reír, él se detuvo un momento para levantarle la falda y le empezó a subir la mano por la pierna.

Yo me sentí abrumada porque, por muy pequeña que fuera, era consciente de que estaba viendo algo que se suponía que no debía ver. Él siguió empujándola muy poco a poco hasta un árbol y cuando mi madre chocó contra el tronco con la espalda, volvió a besarla. Yo cerré los ojos, pero seguía oyendo los ruidos roncocal que hacía

mi madre, y aunque lo había rodeado entre sus brazos, pensé que a lo mejor le estaba haciendo daño. Lord Charlwood estaba jadeando y llamándola «mi dulce Florrie, mi preciosa Florrie».

Pensé que su blusa, tan bonita, se le rompería con la corteza del tronco. Eché a correr hasta que Will Baxter me encontró.

—¡Le está haciendo daño, Will! —gimoteé—. Lord Charlwood le está haciendo algo.

A Will se le cambió la cara. Creo que él ya sabía lo que mi madre y lord Charlwood se traían entre manos aquel verano. Me cogió torpemente del brazo y me dijo:

—No pasa nada, Sophie. Solo es un juego. Un juego secreto de los mayores. Y ellos no quieren que nosotros sepamos nada de él. Lo entiendes, ¿verdad?

En aquel momento no entendí nada de nada, pero la madre de Will tenía un niño cada año, así que él estaba obligado a saber mucho más que yo de estas cosas. El padre de Will trabajaba en una granja y odiaba a los ricos; o a los pijos, como él los llamaba. A veces, cuando tocaba a la puerta de Will de camino al colegio, veía que la casa, además de estar plagada de niños, estaba sucia, y eso me desconcertaba; era imposible no darse cuenta de lo mugriento que estaba el suelo y que los cristales de las ventanas seguían eternamente rotos.

El padre de Will siempre decía que todo cambiaría muy pronto, aunque yo no sabía a qué se refería. Creo que me imaginaba una gran tempestad, como en la Biblia, que acabara con todos los ricos, pero sabía que eso no podía ser porque el mundo es de los ricos, y el pastor de la iglesia nos decía todos los domingos que si honrábamos y obedecíamos a los que estaban por encima de nosotros, nos esperaba una gran recompensa en el cielo.

Se celebraban muchos funerales en la iglesia, normalmente de niños pequeños, y el pastor nos decía que iban al paraíso. Pero a mí me parecía que estarían mucho más felices si pudieran quedarse a jugar a la orilla del río los días soleados, como hacíamos Will y yo.

Cuando llegaba el momento de la recogida del heno, mi padre me llevaba a los campos con él en el carro del herrero, y yo me encargaba de tirar del hatillo de lona con el almuerzo a base de pan y queso. También me daban una fusta para que espantara a las moscas y no se les posaran a los caballos en la cabeza mientras esperaban pacientemente a que los hombres y los niños, con el torso desnudo bajo el sol, cargaran las gavillas en las carretas.

Will venía de vez en cuando, para que no me sintiera sola, supongo, aunque en aquella época yo nunca me sentía sola. Una vez, cuando me picó una avispa, Will se fue corriendo a casa y volvió con una jarra llena de vina-

gre. Luego empapó mi pañuelo limpio en el vinagre y me lo apretó contra la piel mientras decía:

—Muy bien, jovencita. Qué valiente, sin llorar.

Creo que la guerra empezó sin que yo lo notara. Tenía once años y todo el mundo decía que duraría muy poco. Además, yo tenía otras cosas en la cabeza. Mi madre se había puesto mala y estaba muy preocupada por ella. Siempre se ponía un vestido negro para ir a trabajar a la mansión y se recogía su precioso pelo rubio bajo la cofia, pero el vestido se le estaba quedando enorme y el color negro empezaba a asustarme, porque me recordaba los funerales que se celebraban en la iglesia.

—No te pongas ese vestido —le suplicaba—. Es muy feo.

—Mi cielo —me decía dándome un beso—, tengo que ir de negro. Como todas las criadas.

Mi padre estaba más taciturno que nunca, y se pasaba las tardes enteras sentado en la puerta de la casa, fumándose su pipa.

Un día de otoño nos dijeron que el duque había accedido a que sus terrenos se usaran para los entrenamientos militares, así que mi padre y yo subimos hasta el pico del Win Hill para ver a la caballería galopando por los finos prados y a los robustos caballos que tiraban de los carros de armamento.

Los hombres estaban guapísimos con sus uniformes rojos. Se decía que el duque había donado miles de libras para que sus uniformes y caballos fueran el orgullo del condado. Y aquel día supimos que lord Charlwood, el heredero del duque, que estaba montando con el resto de la caballería sintiéndose muy orgulloso de sí mismo, se marcharía a Francia para combatir con sus soldados. Se acababa de casar; la boda había sido en Londres, y en la mansión no se había celebrado ninguna gran fiesta a causa de la guerra. De todas formas yo no habría ido, porque lo odiaba desde aquel día en que lo vi con mi madre en el jardín.

Mi madre no nos acompañó al monte para ver el desfile porque estaba agotada, pero cuando mi padre y yo volvimos, nos estaba esperando muy entusiasmada en la puerta de la casa. Era un día cálido de octubre, y las rosas tardías seguían floreciendo en nuestro pequeño jardín delantero, pero recuerdo que ella se había echado un mantón grueso por los hombros.

—¿Cómo ha sido? —preguntó—. ¿Has visto a los soldados, cielo mío?

Yo le conté todo lo que habíamos visto. Pero mi padre, aunque se quedó a escucharme, no dijo una palabra.

\* \* \*



Yo tenía doce años cuando mi madre perdió su trabajo en la mansión, y como mi padre no ganaba mucho, siguió lavando en casa. Yo la ayudaba, porque para entonces ya había terminado de estudiar, pero ella fue poniéndose cada vez más pálida y no paraba de toser, aunque no lo hacía cuando creía que yo podía oírla. Conforme iban pasando los meses, su enfermedad me iba asustando cada vez más.

La guerra no terminó en pocos meses, como todos habían dicho, y un buen día de la primavera siguiente, poco después de mi cumpleaños, mi padre nos dijo que se iba.

—Me voy al frente —anunció. Lo dijo como si quisiera cambiar algo en el huerto, o salir a darse un paseo hasta alguna taberna del pueblo—. Están reclutando en Oxford. Voy a recoger unas cosas y me voy esta noche.

Recuerdo que me dio un abrazo y un beso en la frente antes de irse. No volví a verlo nunca más. Mi madre no dijo nada, no hizo nada; yo quería que ella le suplicara que se quedara con nosotras. Pero ella estaba completamente pálida y los temblores le sacudían todo el cuerpo.

Su marcha alteró todo mi mundo. Recuerdo que le preparé un poco de té a mi madre, pero ella no lo quiso.

—Léeme algo, cielo —susurró, y eso hice.

Le leí una historia del libro del rey Arturo, pero el dolor me estaba desgarrando por dentro porque mi padre

nos había dejado. ¿Es que no nos quería? ¿No me quería a mí? Pensé que a lo mejor sabía lo del beso que lord Charlwood le dio a mi madre en la fiesta de verano de hacía varios años. ¿Cómo nos las íbamos a arreglar sin él?

—Sophie —dijo mi madre en voz baja—, mañana vamos a ir a Oxford tú y yo. Y vamos a comprarte cosas bonitas: unos lazos, tal vez, y unos pañuelos bordados.

—No, mamá —le imploré—. Primero tienes que ponerte bien.

Tras un ataque de tos, me apretó la mano y dijo:

—Por favor, Sophie.

La última vez que estuvimos en Oxford, vimos a una niña gitana que bailaba para que le echaran dinero mientras un hombre tocaba una música impetuosa con el violín. Yo quería aprender a bailar como aquella niña, con la falda roja volando por los aires mientras se movía vertiginosamente, y esperaba volver a verla allí. Pero en su lugar, en la plaza del mercado había un hombre tocando la flauta, y mientras mi madre se quedó haciendo cola en un puesto para comprar unos lazos, yo fui a oírlo. Luego encontré un rincón soleado un poco más allá, y empecé a bailar, y me di cuenta de que la gente se estaba acercando para verme. Algunos estaban sonriendo, y unos pocos hasta me echaron unas monedas a los pies. No sé lo que

pensaría el hombre de la flauta, pero yo bailaba al son de su música, siguiendo el compás con la respiración, dejándome llevar por su ritmo.

Entonces vi a mi madre, mirándome.

Estaba sonriendo, se notaba que estaba orgullosa de mí. Pero de repente me asusté al verla tan enferma. Le habían salido unas manchas rojas en las mejillas y tenía la mirada febril. Me apresuré a buscar un banco para que se sentara. Sin embargo, por más que le costara respirar, solo se paró a descansar unos minutos.

—Tenemos que seguir con las compras, Sophie —dijo, poniéndome la mano en el brazo—. Quiero comprarte más cosas bonitas.

En cuanto se puso de pie, cayó al suelo. Estábamos en la plaza del mercado, rodeadas por muchísima gente, y ella se había desplomado sobre los adoquines, con los ojos cerrados. Grité a todos los que había a mi alrededor:

—Por favor. Por favor, ayuden a mi madre.

Pero nadie lo hizo. Me arrodillé a su lado, y vi que al toser esputó algo negro, como sangre; le había caído en los guantes blancos de algodón, los que cuidaba con tanto esmero para cubrirse las manos secas y agrietadas.

El flautista ya se había ido, pero volvía a oírse música, el sonido de una banda. Eran unos soldados que marchaban por la ciudad luciendo sus espléndidos uniformes, y

todo el mundo se había ido a ver el desfile. Algunos decían que el duque en persona estaba en Oxford, que había venido para dar la bienvenida a las tropas de los oficiales con una gran recepción. La multitud los vitoreaba al verlos pasar, y unas mujeres bien vestidas llevaban por toda la plaza unas cestas llenas de unas plumas blancas que les iban dando a todos los jóvenes que no iban de uniforme. Pensé que al menos aquellas mujeres se apiadarían de nosotras, así que eché a correr desesperadamente hacia ellas.

—Por favor, ¿podrían ayudar a mi madre? Está enferma, y no sé qué hacer. Por favor.

Estaba tan asustada que señalé a mi madre, que seguía en el suelo; pero una mujer de rostro severo, que además de la cesta de plumas llevaba una Biblia, me dijo:

—Hija mía, estás entorpeciendo nuestro trabajo. Y Dios castiga a los que violan sus leyes divinas.

¿Cómo podía ser tan cruel? Salí corriendo hacia mi madre, que había abierto los ojos y estaba intentando levantarse. Intenté ayudarla a que se sentara en el banco, pero para entonces yo también estaba temblando. Un par de hombres que pasaron a nuestro lado nos miraron a mi madre y a mí como si formáramos parte de una atracción secundaria.

—Que me parta un rayo si esa no es Florrie Davis —dijo uno de ellos—. De joven solía ser bastante generosa en sus relaciones, ¿no?

—Y tanto. Al pobre Phil Davis lo engañó de mala manera.

En ese momento no entendí lo que querían decir. Lo único que sabía era que aquellos dos también nos miraron sin piedad y siguieron por su camino como si tal cosa. Yo tenía el brazo echado sobre el pecho de mi madre, pero se le estaban volviendo a cerrar los ojos y no sabía qué hacer. Entonces vi que la gente se había apartado para dejar pasar a un hombre con un abrigo gris.

Todavía no sé qué me empujó a hacerlo. Sigo sin entender por qué pensé que él, de entre todas las personas que nos rodeaban, me ayudaría. Pero el caso es que vi algo en él, algo que más tarde intenté describir y no pude; seguramente fue la desesperación que me embargó la que me hizo gritar:

—¡Señor! ¡Por favor! ¿Podría ayudarnos?

Él se volvió y miró a mi madre, que estaba echaba sobre mí en el banco con una palidez cadavérica.

—Tiene que verla un médico —dijo.

Algo estalló en mi interior y grité aterrorizada:

—¡Ya lo sé! Pero, ¿ve a toda esta gente? Les estoy pidiendo ayuda, les estoy suplicando, y nada. ¿De verdad dejaría que le pasara esto a su mujer o a su hermana?

El hombre se acercó con el ceño fruncido.

—¿Eres su hija?

Intenté no echarme a llorar.

—Sí, señor. Me llamo Sophie.

—¿Lleva mucho tiempo enferma, Sophie?

Sí, llevaba mucho tiempo así, pero no podía permitirse un médico; esa era la verdad. Y en lugar de pagarse uno, había estado ahorrando para comprarme unos lazos.

El hombre rico parecía preocupado.

—Ven —me dijo—. La llevaremos al hospital.

Era más joven que lord Charlwood. Tenía mucho pelo, castaño oscuro, y los ojos azules. Pensé que tenía una mirada triste. Me acuerdo de que en ese momento una de las mujeres arremetió contra él con una pluma en la mano, diciendo:

—¡No digas que eres un hombre si no llevas uniforme!

Después, todo se precipitó. Tenía un coche resplandeciente aparcado en la otra parte del mercado, con un conductor esperándolo; creo que se dirigía hacia él cuando le pedí ayuda. Él detuvo a dos hombres que pasaban por allí y les ordenó que levantaran a mi madre con mucho cuidado y la pusieran en el asiento de atrás. Él se acomodó delante y yo me senté al lado de mi madre, cogiéndola de la mano. La tenía fría, muy, muy fría.

—No pasa nada, mamá —susurré—. Todo irá bien.

Aquella fue la primera vez que me monté en un coche. En el hospital se llevaron a mi madre y nosotros nos quedamos esperando en el pasillo, que olía a antiséptico. Desde entonces, ese olor me aterroriza.

Al rato, los médicos volvieron y me dijeron:

—Lo sentimos mucho, pero tu madre ha muerto. Estaba muy mal, ¿no lo sabías? Tendría que haber venido hace mucho tiempo.

En ese instante, todo mi mundo se derrumbó. El rico de los ojos azules me cogió del brazo porque yo estaba intentando ir hacia donde los médicos se la habían llevado, al tiempo que le decía, que les decía a todos:

—No podía pagarse un médico. Ni siquiera podía dejar de trabajar, aunque estuviera tan enferma.

Las lágrimas me quemaban los ojos e intenté golpearlo en el pecho.

—¿Es que no le ha visto las manos? Sus pobres manos. Las tenía rojas y despellejadas por trabajar para gente como usted, y no tenía dinero ni para que la viera un médico.

El hombre rico me puso las manos sobre los hombros mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas. Recuerdo que tenía unas manos muy bonitas; y recuerdo el leve perfume de jabón de limón en su piel, cuando casi todos los hombres que conocía olían a sudor.

—Tienes que volver a casa —me dijo—. Con tu familia.

¿Mi familia? Mi madre había muerto y mi padre se había ido a la guerra.

—No tengo a nadie —le dije con amargura—. No tengo a nadie más.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece —susurré.

El hombre de los ojos azules me pidió que lo esperara y se fue a hablar con los médicos otra vez. Después supe que asumió todos los gastos necesarios para que mi madre no tuviera un entierro pobre, e hizo grabar una pequeña lápida con su nombre en el cementerio de la iglesia del pueblo, pero yo no se lo agradecí. No sabía cómo hacerlo.

Además, pensé que no volvería a verlo. Me acompañó fuera, hasta su coche, y dijo:

—No puedes vivir sola. Le mandaré una carta a la señora Burdett, el ama de llaves de Belfield Hall, para que te dé trabajo.

Yo moví la cabeza a un lado y al otro.

—Mi madre trabajó en la lavandería de Belfield Hall. La echaron porque... porque...

—La señora Burdett se encargará de todo. Allí estarás a salvo, por lo menos hasta que seas lo suficientemente



mayor como para decidir lo que quieras hacer con tu vida. ¿Te parece bien, Sophie?

Pensé en mis manos; la piel se me pondría tan roja y resquebrajada como la de mi madre. Me acordé de lord Charlwood; cuando la perseguía por los jardines.

Se me saltaron las lágrimas.

—La quería mucho.

Él se inclinó hasta ponerse a mi altura, buscando mi mirada con sus ojos azules.

—Ya lo sé —me dijo muy serio—. Preserva tu amor, Sophie. Recuerda que los demás te van a juzgar en función de lo que tú te valores. Concéntrate en tu trabajo en Belfield Hall y en pocos años podrás empezar a hacer tus planes y a hacer tus sueños realidad. ¿Lo has entendido?

Me enjuagué las lágrimas y lo miré a los ojos.

—Sí, señor. Lo he entendido.

—Buena chica. Por ahora —siguió diciendo mientras se enderezaba—, ¿tienes algún amigo o algún vecino con quien puedas estar unos días, antes de irte a Belfield Hall?

—Está la señora Baxter —murmuré—. Y Will. Will es amigo mío.

—Entonces ve con ellos —dijo—. Yo tengo que irme, Sophie, pero que no se te olvide lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

De pronto, me entristeció que tuviera que irse.

—¿Usted vive en la mansión, señor? ¿Estará usted allí?

—No estaré allí, no —contestó con los ojos llenos de amargura—. Pero mira —siguió diciendo mientras sacaba una hoja de papel y anotaba una dirección de Londres—. Escíbeme. Aunque solo sea cada varios meses, mándame una carta para saber que estás bien.

—No ha puesto su nombre —señalé.

—Soy el señor Maldon —dijo mientras ponía su nombre debajo de la dirección—. Prométeme que me vas a escribir.

Me enjuagué las lágrimas de las mejillas.

—Se lo prometo.

\* \* \*

El conductor me llevó al pueblo en su elegante automóvil, lo que causó gran sensación. Le conté a la madre de Will todo lo que había pasado, y ella me abrazó fuerte mientras todos sus hijos se agolpaban a nuestro alrededor con los ojos abiertos de par en par.

Will me acompañó a nuestra casa, donde yo recogí las pocas cosas que tenía y los seis libros de mi madre. Después le di a la señora Baxter la blusa blanca que mi

madre se había puesto para la fiesta de la mansión. No volví a llorar.

Pero nunca olvidé nada de lo que pasó aquel día, y años después, cuando supe lo que sé ahora, me acordé de que le dieron una pluma blanca. ¡Le dieron una pluma blanca!